

FLACSO - Biblioteca

## **América Latina 2020**

*Escenarios, alternativas, estrategias*

Francisco López Segrera y Daniel Filmus (coordinadores)

© Francisco López Segrera y Daniel Filmus, coordinadores

© Temas Grupo Editorial SRL, 2000

Talcahuano 1293 piso Iro. B

1014 - Buenos Aires, Argentina

Tel: 4813.9334 y rotativas / Fax: 4813.5463

www.editorialtemas.com

E-mail: temas@ciudad.com.ar

Derechos reservados en idioma español

Diseño de cubierta e interiores: Diego Barros

Coordinación General: Carlos Sibilla

Corrección: Soledad Casanova

*1ª edición, mayo de 2000*

ISBN 987-9164-43-1

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio  
sin permiso escrito de la Editorial.

5808  
10-11-05  
10-2

5808

# ÍNDICE

## TOMO I

### Presentación

- 13 Nota de los coordinadores. Francisco López Segrera y Daniel Filmus  
25 Prólogo. *Brasil: para reiniciar el crecimiento*, Celso Furtado  
29 Introducción. *Mensaje al III Encuentro Latinoamericano de Estudios Prospectivos*. Federico Mayor Zaragoza

## Capítulo I

- 35 *Los estudios prospectivos como herramientas de construcción de futuro*
- 35 Xabier Gorostiaga  
*Hacia una perspectiva participativa. Esquema metodológico*
- 51 Sergio Buarque  
*Elaboración de escenarios de Brasil y de la Amazonia brasileña*
- 111 Francisco José Mojica  
*Determinismo y construcción del futuro*

## Capítulo II

- 127 *La educación para el siglo XXI*
- 127 Carlos Tünermann Bernheim  
*La educación para el siglo XXI*
- 153 Axel Didriksson  
*Tendencias de la educación superior al fin de siglo: escenarios de cambio*
- 165 Jorge Broveto  
*La educación para el siglo XXI*
- 181 Ana Luiza Machado  
*La educación en América Latina y el Caribe: visión prospectiva al año 2020*
- 199 Xabier Gorostiaga  
*En busca del eslabón perdido entre educación y desarrollo: desafíos y retos para la universidad en América Latina y el Caribe*

- 227 Daniel Filmus  
*Educación y desigualdad en América Latina de los noventa.  
¿Una nueva década perdida?*
- 257 Flavio Fava de Moraes  
*Educación superior y desarrollo: visiones del futuro*
- 265 José Raymundo Martins Romêo  
*Educación para el siglo XXI*

### **Capítulo III**

- 275 *Cultura y desarrollo*
- 275 Edgar Montiel  
*Globalización y geopolíticas de las culturas.  
Un ejercicio prospectivo a partir de los años ochenta*
- 287 Celso Furtado  
*¿Y ahora, Brasil?*
- 293 Julio Carranza Valdés  
*Cultura y desarrollo. Algunas consideraciones para el debate*
- 311 Estrella Bohadana  
*Humanidad: entre el lenguaje y la cultura*
- 323 Carlos J. Moneta  
*Identidad y políticas culturales en procesos de globalización e integración regional*

### **Capítulo IV**

- 337 *Ciencias sociales*
- 337 Theotonio Dos Santos  
*Construir el futuro: el papel de las ciencias sociales*
- 351 Aldo Ferrer  
*La globalización y el futuro de América Latina: ¿qué nos enseña la historia?*
- 365 Wilfredo Lozano  
*Cooperación internacional, redes globales y ciencia social en América Latina*
- 381 Atilio A. Borón  
*América Latina: crisis sin fin o el fin de la crisis*

- 397 Francisco López Segrera  
*Herencia y perspectivas de las ciencias sociales en América Latina y el Caribe*
- 413 Emir Sader  
*Modelos de acumulación y crisis hegemónica*
- 427 José Antonio Ocampo  
XIII Congreso Brasileño de Economistas y VII Congreso de Economistas de América Latina y el Caribe
- 439 **Apéndices**
- III Encuentro de Estudios Prospectivos: “Los Escenarios de América Latina y el Caribe en el Horizonte 2020”, Río de Janeiro, 20 al 22 de septiembre de 1999
- 439 Declaración Final
- 445 Informe de Relatoría

## *Modelos de acumulación y crisis hegemónica*

*Elementos para una hegemonía alternativa en América Latina. El caso de Brasil*

Emir Sader\*

“La forma económica específica en que se arranca al productor directo el trabajo sobrante no retribuido, determina la relación de señorío y servidumbre [políticos] tal como brota directamente de la producción y repercute, a su vez, de un modo determinante sobre ella. Y esto sirve luego de base a toda la estructura de la comunidad económica, derivada a su vez de las relaciones de producción y con ello, al mismo tiempo, su forma política específica. La relación directa existente entre los propietarios de las condiciones de producción y los productores directos es la que nos revela el secreto más recóndito, la base oculta de toda la construcción social y también, por consiguiente, de la forma política de la relación de soberanía y dependencia, en una palabra, de cada forma específica de Estado.” (*El Capital*, FCE, 1959, Tomo 3, p. 733.)

Si podemos hacer un balance globalmente positivo de la comprensión de las leyes generales de funcionamiento del capitalismo en términos de reproducción económica y social en el pensamiento marxista, lo mismo no se puede decir respecto a las elaboraciones de la teoría marxista respecto a las formas políticas de expresión de los procesos históricos. Aún con dificultades reales para abordar temas como el Estado keynesiano y las dis-

\* Presidente de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Profesor de Sociología de la Universidad de Sao Paulo y de la Universidad del Estado de Río de Janeiro. Entre sus más recientes ensayos se destaca *Brasil: una historia de pactos entre élites*, publicado originalmente en octubre de 1998 en *Le Monde Diplomatique*.

tintas formas de capitalismo de Estado, así como, en particular, ese fenómeno todavía no debidamente descifrado, como fue la URSS, las leyes generales enunciadas en *El Capital* nos permiten, en su desarrollo, armarnos de los instrumentos esenciales para la comprensión de los procesos de acumulación de capital en el último siglo y medio.

Como Marx no formuló una teoría del Estado y de las distintas formas de articulación entre el poder del capital y la instancia política, ese tema pudo contar solamente con referencias laterales en las grandes obras teóricas –como *El Capital* o los *Fundamentos*– entonces tuve que deducir algunas determinaciones generales de obras históricas de análisis concreto, como son los casos del *XVIII Brumáριο*, de *Las luchas de clase en Francia de 1848 a 1851* o de *La guerra civil en Francia*.

Lo que se podría llamar teoría política marxista, como corrientes que buscan articular las formas de extracción del excedente con las formas de organización del Estado, se bifurcaron en varias tendencias, en general insuficientes en lo que abarcan y/o rigor metodológico para dar cuenta del fenómeno en las formas complejas que pasó a asumir, especialmente a lo largo del siglo xx. Su importancia lo demuestra el enorme desarrollo que tuvo lo que la academia convino en llamar “ciencia política”, con todas sus variantes en supuestos “politólogos”, especialistas en “análisis políticos”, etc. Conforme el poder en las sociedades contemporáneas se diversificó y se volvió más complejo definir su naturaleza, su ubicación y sus distintas expresiones, la teoría política tendió a autonomizarse de las bases materiales del proceso de acumulación, a ganar formas de existencia propias, como si el proceso político definiera sus propias formas de existencia y reproducción.

En el marxismo, la enorme importancia que ganó la obra de Gramsci –sin duda el más importante pensador del siglo xx– se origina antes de todo en la necesidad de extender las formas de comprensión del poder político en las sociedades contemporáneas. De su diferenciación entre sociedades orientales y occidentales arranca un requerimiento de captación de los complejos mecanismos que articulan mediante una cadena múltiple de mediaciones el proceso de acumulación y las formas de organización del poder político. Gana importancia en esa cadena las dimensiones ideológicas de ese proceso, una vez que la capacidad de dirección de las distintas modalidades hegemónicas gana importancia creciente frente a la original y sencilla definición del Estado como “comité ejecutivo de las clases dirigentes” de hace más de siglo y medio.

No es que esa dimensión deje de existir, sino que la efectividad de su misma realización requiere otros supuestos, dentro los cuales están la elaboración compleja de ideologías con capacidad para volver intereses “generales” cada vez más específicos, para “integrar” a sociedades cada vez más atomizadas, para “naturalizar” procesos cada vez más

históricos –total, para justificar la dominación de un proceso de reproducción que se aparta cada vez más de sectores crecientemente marginados de la sociedad–.

En la teoría de la hegemonía de Gramsci residen los elementos metodológicos esenciales para avanzar en la comprensión de las formas complejas del poder en las sociedades capitalistas de la vuelta del siglo, básicamente porque:

- a) Gramsci parte de la base material indispensable, formulada por Marx, sobre el proceso de acumulación de capital;
- b) su contribución específica incluye las formas políticas e ideológicas de dominación en el concepto de hegemonía;
- c) Gramsci busca deducir de esos elementos las estrategias antihegemónicas, basadas en las fuerzas sociales anticapitalistas.

Sin embargo, aunque de forma específica y por razones históricas precisas la obra de Gramsci –y, especialmente toda la tradición teórica surgida de su obra– también fue víctima de las dicotomías apuntadas por Perry Anderson respecto a lo que se convino en llamar “marxismo occidental”.<sup>1</sup> Me refiero a la incapacidad de articular los análisis económicos con los políticos e ideológicos, cuya expresión más radical se cristalizó en la fórmula “Gramsci, teórico de las superestructuras”, que castra a la obra gramsciana un elemento esencial al marxismo: la referencia central a los procesos de acumulación, expresos en la cita que abre este trabajo y que estuvieron siempre presentes en los análisis de Gramsci, aunque no fueron objeto de elaboraciones teóricas específicas de su parte.

Este vacío responde indudablemente por parte de las deformaciones que hicieron de Gramsci casi un teórico de la cultura, de la educación e incluso de los medios de comunicación, como formas específicas de la hegemonía, seccionados de las formas más abarcadoras de articulación del poder de clase y de sus bases materiales. Aunque fértiles como análisis, esos ejercicios a partir de la obra gramsciana no permiten desembocar en lo esencial: la articulación estructural de las distintas modalidades de hegemonía burguesa, con sus puntos fuertes y débiles, así como los elementos para la construcción de una hegemonía alternativa, de corte anticapitalista.

La historia política de América Latina es un laboratorio fértil para el ejercicio de la teoría gramsciana de la hegemonía, sea en sus formas dominantes, sea en los intentos de construcción de modelos alternativos. El siglo xx, en particular, vio el continente vivir modalidades tan diferenciadas de organización y ejercicio del poder como la Revolución

<sup>1</sup> Anderson, P. (1987): *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, México, Siglo XXI.

Mexicana de 1910, los gobiernos radicales en Argentina, los gobiernos de Battle en Uruguay, los gobiernos de Frente Popular en Chile y en Colombia, los gobiernos nacionalistas de Vargas, en Brasil, de Lázaro Cárdenas en México, de Perón en Argentina, los gobiernos “desarrollistas” de Frondizi en Argentina y de Kubistchek en Brasil, la revolución nacionalista de 1952 en Bolivia, los gobiernos populares de Arévalo y de Arbenz en Guatemala, en las décadas del cuarenta y del cincuenta las dictaduras oligárquicas de Somoza en Nicaragua, de Trujillo en República Dominicana, de Duvalier en Haití, de Batista en Cuba, la Revolución Cubana, el gobierno nacionalista militar de Velasco Alvarado en Perú, el gobierno de la Unidad Popular en Chile, las dictaduras militares del Cono Sur, los gobiernos neoliberales de Menem, Fujimori, Cardoso, la Alianza Democrática en Chile, además de los distintos gobiernos del PRI en México, así como de los gobiernos liberales y conservadores en Colombia, los gobiernos AD y Coppei en Venezuela y, más recientemente, el gobierno de Hugo Chávez, entre tantos otros.

Son tantas formas distintas de organización, reorganización e intento de cuestionamiento de la hegemonía burguesa en América Latina que se prestan para un amplio y profundo proceso de reflexión, de que el pensamiento del continente se ha mostrado carente. Los análisis políticos se dan, en general, en el marco de la “politología”, con tipificaciones sobre los modelos de regímenes políticos, donde sobresalen los arquetipos liberales, democracia, dictadura, regímenes autoritarios, distintas formas de regímenes oligárquicos casi siempre desvinculados no sólo de sus bases materiales, como también de sus formas ideológicas de imposición hegemónica, tomando la política como instancia aislada, *strictu sensu*, seccionándola de los elementos que interaccionan con ella, le dan sentido y reciben, a su vez, significado de la práctica política.

Más allá de cada una de sus formas de existencia, lo que se puede constatar es la debilidad de la capacidad hegemónica de la gran mayoría de esos gobiernos y regímenes, sea por las limitaciones de las bases materiales sobre las cuales se asientan, sea por las debilidades de su mismo discurso ideológico. Sin embargo, sobresalen los regímenes tildados de “populistas”, como el de Cárdenas en México, el de Perón en Argentina, el de Vargas en Brasil, por una parte; así como los más recientes gobiernos centrados en las políticas de ajuste fiscal, como los de Menem en Argentina y de Cardoso en Brasil, como nuevas modalidades que replantean la temática clásica de los modelos hegemónicos. El tema de **desarrollo** es sustituido por el de la **estabilidad**, es decir, un tema a que había estado “acostumbrada” la sociedad por el ciclo largo expansivo del capitalismo en la segunda postguerra es sustituido por un tema típico del ciclo largo recesivo, iniciado en los años setenta. Los valores que sedimentan el consenso tienen otro origen –las hiperinflaciones– y naturaleza –la inseguridad–.

Así mismo, del punto de vista social, las políticas neoliberales han acentuado la fragmentación social imponiendo nuevas formas de organización y de agregación social, nuevos sujetos sociales y políticos, una redefinición del rol de lo político, del Estado, de los partidos. Esos nuevos temas tienen en América Latina como un continente por excelencia, por la más grande crisis social que corroe los cimientos de los regímenes políticos y la misma capacidad hegemónica de las políticas de ajuste fiscal, haciendo que el continente entre desde 1998 en la más grande crisis social de su historia, desde los años treinta. Ahí se jugarán en gran medida los destinos de la renovación de la lucha por hegemonías alternativas.

## **1. El caso de Brasil. Hegemonía y contra hegemonía**

¿Qué características presenta la historia brasileña y su materialización en sus sucesivas expresiones en distintas formaciones sociales concretas?

País primario exportador de América Latina ubicado, por lo tanto, en la periferia capitalista; en el caso brasileño, básicamente exportador de productos agrícolas. Las formas de ocupación territorial fueron, por lo tanto, dispersas, retrasando la constitución de su Estado nacional.

El destino particular reservado al país por el desplazamiento de la corona portuguesa –huyendo de las tropas napoleónicas– hizo que el país tuviera una transición de la colonia a la monarquía y no a la república. Al contrario del debilitamiento de los vínculos coloniales con la derrota de España que favorecieron las revoluciones de independencia en los países iberoamericanos, para Brasil significó una reafirmación de los lazos políticos con Portugal, haciendo de su independencia una especie de proceso *gattopardista*. Como una de sus más graves consecuencias fue aplazado el término de la esclavitud por más de seis décadas, haciendo de Brasil el país que terminó con ese fenómeno más tarde en todo el continente.

Así, la constitución de la estructura sociohistórica brasileña se fundamenta en dos fenómenos centrales que marcarán profundamente toda la trayectoria de Brasil: la colonización primario –exportadora y el uso de la mano de obra esclava por prácticamente cuatro de sus cinco siglos de historia. En vísperas de, finalmente, terminar con la esclavitud el gobierno brasileño hizo un decreto por el cual impedía que los nuevos hombres libres tuvieran acceso a las tierras, transformando así la cuestión de la esclavitud en cuestión agraria.

Así el Brasil republicano heredó, al año siguiente (1889), un campo copado por el latifundio y una cuestión agraria no resuelta, situación que se alargaría por todo el si-

glo xx, condicionando el desarrollo económico del país, particularmente sus modalidades de industrialización y de urbanización.

A lo largo de un siglo Brasil tuvo cuatro modelos hegemónicos relativamente diferenciados:

- 1) un modelo primario exportador que duró todo el siglo xix y fue dominante hasta 1930;
- 2) un modelo nacional desarrollista, de 1930 a 1964;
- 3) un modelo de industrialización internacionalizada, de 1964 hasta 1989;
- 4) un modelo neoliberal, de 1990 en adelante.

Esos modelos hegemónicos tuvieron rasgos diferenciados que examinaremos de forma sintética a continuación.

### **1. 1. Modelo primario exportador**

- 1) economía volcada hacia la exportación;
- 2) estructura económica agraria;
- 3) bloque en el poder hegemonizado por la alianza entre la oligarquía exportadora y las reacciones comerciales de importación y exportación;
- 4) estado en que esas fracciones gobernaban en nombre del conjunto de las oligarquías regionales;
- 5) exclusión de las cuestiones sociales y, con ellas, de cualquier espacio para las clases subalternas;
- 6) ausencia de espacio institucional para cualquier forma de expresión de la lucha de clases.

En ese marco se desarrollaron formas de resistencia radicales bajo distintas modalidades de la línea de “clase contra clase”. La clase obrera brasileña es hija directa de los esclavos libertos y de los inmigrantes europeos –particularmente portugueses, españoles e italianos– que trajeron al país las ideologías anarquista, socialista y comunista; que promovieron, al final de la segunda década del siglo, la fundación de los partidos comunista y socialista.

Limitada en su desarrollo por las propias condiciones objetivas de una economía agrícola y una sociedad rural, esa izquierda tuvo el papel de afirmar ideologías, diseminar prácticas solidarias y políticas de crítica radical del Estado y del capitalismo. Al contrario de los grados de urbanización de una sociedad como la de Argentina y de con-

centración obrera de carácter minero como la de Chile, la brasileña presentaba condiciones todavía poco favorables al desarrollo del movimiento obrero, al mismo tiempo que la forma de exploración de la economía cafetalera no era propicia para la organización de los trabajadores rurales, a pocas décadas del final de la esclavitud.

Ese período histórico se cerró cuando la crisis de 1929 agotó el modelo de acumulación primario exportador, propiciando que la burguesía brasileña –como en otros países del continente– optara por un modelo alternativo, que cambiaría las condiciones de la lucha de clases y, con ello, las formas organizativas e ideológicas de la izquierda brasileña.

## 1. 2. Modelo nacional desarrollista

Se trata de un modelo hegemónico que tiene características de fuerte ruptura respecto al anterior pero, al mismo tiempo en aspectos cruciales, revela formas significativas de continuidad. Sus rasgos básicos pueden ser resumidos de la forma siguiente:

- 1) proyecto industrial de sustitución de importaciones con un rol determinante de parte del Estado;
- 2) nuevo bloque en el poder con la inclusión de la fracción industrial de la burguesía como nuevo sector hegemónico;
- 3) compromiso con el latifundio que, desplazado de su condición hegemónica, logra tener garantías contra la reforma agraria y la sindicalización campesina.
- 4) incorporación corporativa de sectores del movimiento sindical como base social de apoyo pasivo;
- 5) distanciamiento entre trabajadores de la ciudad –cooptados– y de campo –excluidos del nuevo modelo hegemónico–;
- 6) ideología nacional y popular de corte antiliberal;
- 7) rescate, por la derecha tradicional, de la cuestión democrática frente al movimiento liderado por Getulio Vargas, que privilegió las cuestiones nacional y popular con un fuerte rasgo estatista.

Esa fue la forma de organización del poder con mayor capacidad hegemónica hasta aquí en la historia brasileña. Logró articular el desarrollo económico –la utopía capitalista de aquel período histórico– con el carácter popular logrado a través de la incorporación del movimiento sindical organizado, intermediado por la **categoría de nación**. Bajo su égida, conforme a sus parámetros, nació la izquierda histórica brasileña.

En ese período histórico, que va de 1930 hasta el golpe militar de 1964, se constituye la izquierda histórica brasileña con la fisonomía que tuvo en otros países a partir del VII Congreso de la Internacional Comunista y su línea de “frente antifascista”, después de un intento de prolongación del período anterior mediante un plan insurreccional en 1935, que marcó el ingreso de Luis Carlos Prestes al Partido Comunista.

Aliado al nacionalismo varguista y apoyado en la visión de la CEPAL, el PCB asentó sus bases sociales de apoyo y legitimación en el movimiento sindical urbano, con una línea política de reformas democráticas y nacionales, volcadas centralmente en contra del latifundio y el imperialismo. Esas transformaciones generarían las condiciones para una posterior lucha anticapitalista. Las alianzas definidas eran de carácter subordinado a la fracción industrial de la burguesía, que tendría la dirección de las luchas durante aquel período histórico.

El espacio político de la izquierda quedó así prácticamente monopolizado por la presencia del Partido Comunista, en una alianza con el sindicalismo varguista teniendo la ideología nacionalista como su bandera estratégica. Generaciones de militantes de origen obrero, estudiantil, intelectual, artístico, llegaron a la izquierda por esta vía, teniendo al desarrollismo y al nacionalismo como banderas y a la Unión Soviética como referente histórico del socialismo. Fue una generación que convivió con los tiempos de Guerra Fría, anclados en una alianza con una fracción considerada nacionalista y antilatfundista de la burguesía industrial, teniendo al varguismo como referente político nacional, al imperialismo y al latifundio como enemigos, además del fascismo, a lo largo de los años treinta y cuarenta.

En un país como Brasil, esa izquierda tuvo el mérito de haber afirmado la presencia de esa fuerza a nivel nacional, permitiendo la generación de una tradición comunista en el país, aunque minoritaria, conquistando a amplios sectores formadores de opinión. Las dos interpretaciones divergentes de la trayectoria del capitalismo brasileño surgieron en ese marco político: Nelson Wemeck Sodré como el historiador e intérprete oficial de la línea del PCB y de la Internacional Comunista y sus sucedáneos; y Caio Prado Jr. que, miembro, aunque marginal de aquel partido, formuló la más importante obra ensayística del siglo en Brasil, sobre las formas específicas asumidas por la instauración del capitalismo en la periferia capitalista latinoamericana.

El rol histórico de esa izquierda se agotó con el golpe militar de 1964, cuando coincidieron el agotamiento del modelo cepalino de industrialización sustitutiva de importaciones en el marco nacional y la democracia liberal bajo la forma limitada que había existido en Brasil desde 1945, cuando se termina el gobierno dictatorial de Vargas –aunque no su modelo hegemónico–. La fracción de la burguesía industrial no sólo de-

muestra que no tenía intereses contradictorios con el latifundio y el imperialismo sino que, al contrario, su relación de “cooperación antagónica” le permitiría convivir con esos sectores, como el modelo hegemónico y de alianza del bloque renovado en el poder durante la dictadura militar lo demostraría.

Se deshizo no solamente el modelo nacional desarrollista del varguismo, que se transformó en una variante suya –un modelo estatal desarrollista, de corte internacionalizado en lugar de su dimensión nacional y sin su dimensión popular–, sino también las alianzas de clase que lo sostenían. El movimiento obrero y las distintas expresiones del movimiento sindical, el movimiento estudiantil, la intelectualidad de izquierda –que habían tenido al Estado como aliado– pasan a tenerlo como enemigo feroz, que los reprime centralmente, replanteando las condiciones de lucha para la izquierda.

### **1. 3. Modelo de industrialización internacionalizada**

Ese modelo se caracteriza sintéticamente por:

- a) Reforzamiento del rol del Estado en la continuidad del proceso de industrialización, que sigue identificado con el “progreso”, ahora más claramente identificado con la función de capitalismo de Estado en apoyo a la acumulación privada del gran capital nacional e internacional.
- b) Militarización del Estado, reorganizado en base al rol central de la alta oficialidad de las FF. AA. como personal político, como capa social reinante del nuevo bloque en el poder.
- c) Renovación del modelo hegemónico ahora centrado en el desarrollo económico fundado en el nuevo ciclo expansivo de la economía brasileña, pese al ingreso del capitalismo internacional en un ciclo largo recesivo. El consenso adquiere un carácter de consenso pasivo, resultado tanto de la represión y sus efectos demostración, cuanto de la sofisticación del consumo.
- d) Ruptura interna a las capas intermedias, con su franja superior cooptada e incorporada al nuevo bloque como base social de apoyo, en base a la incorporación al consumo sofisticado y con un capa inferior empobrecida como resultado de la represión salarial a los empleados públicos, de la crisis de la educación y de la salud pública y del cierre de los espacios públicos de organización política.
- e) Cierre de cualquier forma de organización y expresión social y/o política de los pobres de la ciudad y el campo.

En ese marco se plantean dos movimientos diferenciados en el tiempo dentro de la izquierda. Su primera novedad es la crisis final del PCB, con el agotamiento de los sujetos que habían permitido su monopolio dentro del campo popular –la destrucción de la democracia liberal realmente existente en Brasil y la alianza entre la burguesía industrial y el movimiento sindical (todos los sindicatos son intervenidos y se impone un bloqueo a cualquier reivindicación salarial)–.

En ese nuevo escenario político la primera reacción fue la organización, a través de docenas de organizaciones –una parte de las cuales proveniente de escisiones del PCB– de una resistencia armada a la dictadura militar, impulsada no sólo por el cierre interno de cualquier forma de lucha legal e institucional, sino también por el escenario latinoamericano. Aquí, bajo el impulso del triunfo de la Revolución Cubana, se extendía la forma de lucha guerrillera, mientras a la crisis de las economías del continente se anteponían las conquistas sociales de Cuba en los campos de la educación, de la salud, de la cultura.

Esas organizaciones no han llegado a formular proyectos hegemónicos alternativos, aunque algunos de ellos han contribuido con elementos ideológicos nuevos, como temas para un programa socialista para Brasil. Su relativamente rápida derrota –han actuado básicamente de 1967 a 1971– no ha permitido tampoco que esa contribución se haya profundizado.

Su derrota implicó el traspaso de la hegemonía de la oposición a la dictadura a sectores de carácter liberal y el plan de acción para la lucha institucional. Es a partir de ese momento que la izquierda brasileña incorpora la cuestión democrática como tema central, hasta 1964 monopolizada por la derecha en contra del varguismo y de la izquierda, identificada nacionalmente con el “estatismo” e internacionalmente con el “socialismo de Estado” de la URSS, con el “totalitarismo” soviético.

Se desarrolló entonces una lucha ideológica y política al interior de la oposición entre la teoría del autoritarismo –reformulada en Brasil por Fernando Henrique Cardoso, a partir de la obra del español Juan Linz–, tesis centralmente liberales y una embrionaria concepción gramsciana, muy poco desarrollada en la izquierda brasileña, como intento de –por primera vez– incorporar la cuestión democrática a sus programas y estrategias. (Gramsci había sido publicado por primera vez en Brasil en la segunda mitad de los años sesenta, proceso que fue cortado por el endurecimiento de la represión política y la censura a partir de finales de 1968.)

La derrota de la resistencia armada, el éxito de un ciclo de expansión económica y el ensanchamiento de la capacidad de obtener consenso pasivo por parte del régimen facilitaron el triunfo de una concepción democrático-liberal en la oposición, que tendría repercusiones posteriores en el seno mismo de la izquierda brasileña.

La particularidad más importante de Brasil –con sus repercusiones en la izquierda– respecto a otros países del Cono Sur latinoamericano ha sido el hecho de que el golpe militar se hubiera dado de forma relativamente “temprana” para el grado –todavía relativamente débil– de desarrollo de la izquierda brasileña. Ello, a su vez, permitió que el capitalismo brasileño se valiera todavía de algunos aspectos favorables antes que el capitalismo internacional ingresara a su ciclo largo recesivo. Así, la dictadura militar brasileña pudo disfrutar de la disponibilidad de recursos –especialmente bajo forma de “eurodólares”– para reciclar su patrón de acumulación y promover un nuevo ciclo expansivo en la economía del país. Esto, a la par de propiciarle condiciones de legitimidad y consenso pasivo, transformó las estructuras productivas del país acelerando la formación de una nueva generación obrera, que protagonizará centralmente la lucha contra la dictadura.

Fue de ese sector renovado de la clase trabajadora brasileña que surgió la nueva izquierda brasileña, apoyada en el sindicalismo clasista de la industria automotriz de la periferia de San Pablo, desde donde surgió el liderazgo de Lula –obrero metalúrgico de origen nordestino–, que será el principal dirigente del Partido de los Trabajadores (PT).

Además de la fundación del más importante partido de izquierda de la historia del país, el PT, se fundaron por primera vez centrales sindicales, surgieron los llamados “nuevos movimientos sociales”, la teología de la liberación sirvió de cimiento ideológico para la consolidación de un perfil popular de la iglesia brasileña, mientras una nueva constitución formalizaba una parte de las conquistas democráticas del período histórico postdictatorial abierto en 1985.

El gran problema histórico de esa nueva izquierda fue que si optó por no adherir a ninguna versión de ideología de izquierda –buscando primero afirmar su práctica de privilegio de lo social, aunque se afirmara genéricamente como socialista– no tuvo conciencia, por la ausencia de un instrumental teórico marxista básico, de las dimensiones de la crisis brasileña. Se agotaba no solamente la dictadura como forma de organización y ejercicio del poder en nombre del gran capital nacional e internacional, como se agotaba al mismo tiempo el modelo de acumulación que, con cambios, se había mantenido desde 1930. A lo largo de cinco décadas la economía brasileña había crecido sostenidamente, incluso cuando el capitalismo internacional había entrado en recesión a mediados de los años setenta. Sin embargo, llegaba la hora de la verdad al capitalismo brasileño a través de la crisis de la deuda externa, haciendo que 1981 haya sido el primer año en que la economía brasileña ha tenido índices recesivos.

Junto con el patrón de acumulación y el régimen de dictadura militar entraba igualmente en crisis el Estado brasileño. Mientras tanto, una especie de liberalismo radica-

lizado orientaba la línea política del PT, que se proponía extremar las reivindicaciones sociales y la construcción de la democracia en el país, pero sin disponer ni de un análisis de la situación del capitalismo brasileño, menos todavía de un proyecto alternativo de sociedad. El PT hablaba simplemente de un “socialismo democrático”, diferenciado de la democratización del capitalismo de la social democracia, pero sin rasgos mínimamente definidos. El problema mayor no venía tanto de que el PT no hablara de socialismo, sino principalmente que no hablara de capitalismo.

Sin embargo, el PT fue la novedad radical de la transición política en Brasil, catalizó el potencial de lucha social, política y cultural en Brasil consolidando un caudal electoral de un tercio del electorado, habiendo sido, desde 1989, el partido a ser derrotado por las elites brasileñas.

#### **1. 4. Modelo neoliberal**

Brasil tuvo un modelo neoliberal de forma tardía respecto al auge de esos fenómenos en otras partes del mundo. Si consideramos que América Latina fue el primer laboratorio de experiencias de ese nuevo modelo hegemónico –en Bolivia y en Chile–, casi dos décadas antes, Brasil, al salir de la dictadura militar, reafirmaba principios opuestos a esa nueva ola. Su nueva constitución puso énfasis en la afirmación de derechos postergados por los años de dictadura militar (1964-1985), caminando por lo tanto a contramano del neoliberalismo, dado que el mercado no sólo no reconoce derechos, sino que los excluye.

Cuando finalmente en 1990, con la elección primero de un aventurero *outsider* –Fernando Collor de Mello– y, posteriormente, con la de un social demócrata, ya como parte integrante de la onda de conversiones neoliberales de esa corriente política –Fernando Henrique Cardoso– Brasil llegó al neoliberalismo prácticamente al mismo tiempo de la crisis mexicana de 1994, cuando comenzaba a perder ímpetu el modelo neoliberal.

Sin embargo, la capacidad de las políticas monetarias centradas en el combate a la inflación –modalidad que ha asumido el neoliberalismo en América Latina, como forma de responsabilización del Estado por todos los males del país– tuvo, también en Brasil –aún con una temporalidad desfasada–, efectos fulminantes del punto de vista de un nuevo discurso hegemónico. Se renovó la capacidad interpretativa –aún de forma *gattopardista*– de las nuevas elites en el poder ahora identificadas con un proceso modernizador, recuperando capacidad ofensiva, perdida desde la crisis de la deuda externa, a comienzos de los años ochenta.

De la fusión entre la tecnocracia social demócrata convertida al neoliberalismo y las elites tradicionales –vinculadas al gran capital industrial, comercial, bancario y agrario– surgió un nuevo bloque de fuerzas en el poder, hegemonizado ahora por el gran capital financiero internacionalizado. Si por arriba se lograba cooptar un estrato superior de las capas medias, ésta se escindía profundizando un proceso de distribución regresivo de la renta –en el país más injusto del mundo– después de cerca de dos años de bonanza financiera.

A partir de ese momento el país ingresó a un proceso de resaca de la “farra especulativa”, reinstalándose una crisis hegemónica que lleva al presidente brasileño de una reelección con más del 50% de los votos en primer turno en octubre de 1998, al rechazo del 65% de la población en septiembre de 1999, a pocos meses de su segundo mandato, cuando la crisis social llegó a la superficie de la sociedad. No se trata del agotamiento de la capacidad de legitimación del discurso de la estabilidad financiera sino del agotamiento de las políticas que propiciaran su realidad durante cerca de dos años. Lo que se añora son esos tiempos de bonanza, es decir, la estabilidad de precios, pero sin desempleo, sin desarticulación de las políticas sociales, sin pérdida de soberanía, sin cierre de empresas nacionales. En términos de Bertold Brecht, comer carne sin ver el color de la sangre.

En ese marco de hegemonía del capital financiero internacionalizado, de desarticulación de la capacidad de regulación por parte del Estado, de fragmentación social propiciada por las políticas de flexibilización liberal y por el desempleo del 20% como resultado de la recesión, la crisis hegemónica se plantea de forma aguda. Si por arriba la financierización es un proceso que no sólo adentra profundamente al Estado –consumiendo más el pago de los intereses de la deuda que el monto total de los gastos con salud y educación–, por abajo se debilita el movimiento sindical y la izquierda constituida en los años ochenta, prisionera de una lógica institucional que le impide de catalizar la inmensa crisis social.

Es en ese escenario que se constituyen fuerzas sociales que redefinen las relaciones entre lo social y lo político, alrededor de un movimiento que parte de la periferia del sistema –el Movimiento de los Sin Tierra (MST)– aglutinando a sectores sin capacidad de organización en el movimiento sindical y tampoco sin lugar en las debilitadas estructuras del Partido de los Trabajadores (PT), principal fuerza política de la izquierda. Esas fuerzas sociales presentan, sin embargo, limitaciones para constituir un bloque hegemónico alternativo.

Por una parte, representan la radicalidad del movimiento social rural en un país donde nunca se hizo la reforma agraria. Tienden, por lo tanto, a la orientación de clase con-

tra clase, de enfrentamiento directo con los grandes propietarios valiéndose de acciones directas. Esto, que les vale gran capacidad de movilización y de legitimidad en el campo aparece, para parte importante de las capas medias de las ciudades, como un elemento de temor, de resistencia a someterse al liderazgo de un movimiento con ese perfil de actuación.

Por otra parte, se presenta una formidable capacidad social e ideológica de movilización de sectores sociales, no pueden –y tampoco se pretende– sustituir a las funciones de los partidos de izquierda y particularmente del PT, con el cual tiene vínculos estrechos, aunque critiquen su moderación, burocratización e institucionalización. Su radicalidad y su potencial de actuación –que se refleja, entre otros elementos, en una formidable capacidad de iniciativa– no se transfiere así directamente al plano político, no desembocando en un nuevo bloque de fuerzas que pudiera responder positivamente a la crisis hegemónica, que afecta igualmente a la izquierda y al campo popular.

De esa forma, en Brasil, el país que tiene el mejor potencial económico, social, ideológico y político en el continente, en el momento del agotamiento de la capacidad hegemónica del proyecto neoliberal dirigido por Cardoso, se presenta la situación más abierta del continente, de alguna forma la más promisoría, pero a la vez la más compleja.